

## LOS MEDIOS EN LA CRISIS ARGENTINA: una aproximación

Roberto Follari(\*)

No es fácil describir sucintamente la situación política argentina que desemboca en la crisis de gobernabilidad de fines del 2001, y evoluciona desde allí hacia una relativa estabilización previa a la realización de elecciones (febrero 2003). Sin embargo, resulta decisivo hacer una síntesis al respecto, que permita una intelección para quien no esté enterado de los entretelones respectivos.

El gobierno de la Alianza que condujo De la Rúa surgió con debilidades desde el comienzo. Tal alianza se constituyó para derrotar a Menem en las urnas y logró ese cometido, pero respondía a dos partidos relativamente débiles, y con escasa consistencia entre sí. La Unión Cívica Radical (UCR), socio mayor de la Alianza, era sin dudas el segundo partido en electorado luego del justicialismo, pero muy por detrás de este en número, y con representación de sectores medios que tienen escaso peso corporativo (no grandes empresarios, ni clase obrera, ni desocupados y marginales). Por su parte el Frepaso era un partido menor, que ofrecía un ingrediente de centro-izquierda sin dudas atractivo en el final del craso neoliberalismo propuesto por Menem, pero sólo presente en sectores intelectuales e ideologizados del electorado, siempre una minoría (1).

Había además otras debilidades de la convergencia política que se impusiera en 1999, menos obvias a una mirada externa. De la Rúa encarnaba una posición política extremadamente conservadora que no tenía peso en su partido, con lo cual desequilibraba la representación de su electorado, a la vez que el apoyo partidario. Por otro lado el presidente de la UCR era Alfonsín, una figura política con más peso y capacidad decisoria que De la Rúa, ex-presidente de la República, y con una posición ideológica socialdemócrata, situada a años luz del liberalismo de derechas delarruista. A su vez, el Frepaso coincidía más con Alfonsín que con De la Rúa, pero este último era el jefe de gobierno con quien debía convivir y cogobernar, además en situación de inferioridad relativa evidente.

De tal modo, ya la fórmula De la Rúa-Alvarez era una dupla improbable, un galimatías bastante ilegible. De hecho, la Alianza misma como tal era una hechura de Alfonsín y “Chacho” Alvarez (jefe del Frepaso), para la cual De la Rúa no trabajó en ningún momento. Se tejió la ilusión –entonces- de “urbanizar” a De la Rúa, de que éste fuera a responder finalmente a los apoyos partidarios, y diera lugar de una manera proporcionada a las diferentes fuerzas de la Alianza, reservándose por supuesto un cierto espacio propio.

El primer gabinete de De la Rúa fue en esa dirección, y resultó una combinación plural de fuerzas y tendencias. Pero apenas el gobierno fue avanzando en su gestión, empezó a notarse el “despegue” de De la Rúa respecto de las posiciones que –aún con tensiones mutuas- sostenían los partidos de la Alianza. Alvarez se vio obligado a estampar la firma en decisiones que le eran ideológicamente lejanas (como uno de los formatos de la “flexibilización laboral”), y soportó estoicamente el influjo cada vez mayor de un entorno presidencial carente de todo peso histórico en su propio partido, hecho de tecnócratas, amigos y familiares del presidente, ya que éste no confiaba en su agrupación partidaria (2).

Tal situación obligaba a Alfonsín a piruetas y tensiones cada vez mayores para presionar al gobierno para que se acercara al rumbo que él juzgaba válido, y a la vez no restar abiertamente el apoyo a una administración que había nacido débil, y que más se debilitaba por la figura presidencial indecisa y dubitativa, en un país donde la tradición presidencialista tiene fuerte carga simbólica.

Las tensiones fueron aumentando, hasta que Alvarez decidió apostar fuerte a la principal arma del Frepaso, la crítica a la corrupción. Siendo vicepresidente era el que dirigía la Cámara de Senadores de la Nación, la cual estaba sospechada de múltiples casos de corrupción, y enormemente desprestigiada. Alvarez hizo denuncia de la existencia de coimas pagadas a senadores para aprobar una ley sobre condiciones de trabajo; sólo que tal denuncia implicaba a los senadores de la Alianza por igual que los de la oposición justicialista, y hacía sospechable al Ejecutivo (del cual él mismo formaba parte) de haber sido quien auspició y realizó el pago ilegal.

Tan arriesgada y extraña jugada tensó las relaciones de Alvarez con De la Rúa, de modo que éste respondió con la idea de mostrarse fuerte: modificó totalmente el gabinete, dejando en lugar central a las personas sospechadas por la denuncia de Alvarez.

Fue una provocación, a la que Alvarez respondió con un gesto sorpresivo: juzgando que no tenía peso propio para modificar las decisiones presidenciales y que el nuevo gabinete constituía una burla para su intento moralizador de la política, renunció a su cargo. No aceptó las propuestas de última hora del presidente para evitarlo, y logró un inmediato apoyo popular a lo que se vio como intento de enfrentar a los políticos corruptos, totalmente desprestigiados desde la década del menemismo y sus profusos casos oscuros que dieron lugar a denuncias periodísticas nunca seriamente desmentidas.

Poco después, las posiciones tanto del oficialismo como de la oposición justicialista (ambas unidas por la defensa de los privilegios de los hombres políticos, y por su conservadurismo mayoritario) lograron presentar la renuncia de Alvarez como la de un débil desertor, que rehuyó sus responsabilidades. Ello, en el mismo país donde personajes totalmente desprestigiados se niegan a renunciar a la más mínima prebenda...Lo cierto es que también el decurso posterior de los hechos sirvió a opacar el gesto de desprendimiento del vicepresidente.

Sucede que el gobierno se desbarrancó a partir de entonces. Fue el mejor favor que pudo hacerse a la oposición peronista, ansiosa por retornar al poder. De la Rúa perdió prestigio, a la vez que se evaporaron útiles contrapesos ideológicos a sus tendencias neoliberales por completo convencionales. La situación económica para los asalariados continuó empeorando según ajustes ortodoxos y recetas del Fondo Monetario Internacional. Y la base de legitimación del gobierno era sólo un grupo de amigos del presidente, improvisados en la política, e incapaces por ello de advertir la fragilidad de su efímero poder.

Así se ubicó a un Chicago-boy como es López Murphy en el Ministerio de Economía; las movilizaciones universitarias lo expulsaron del puesto en una semana. A partir de allí, el gobierno no tenía opciones y tuvo que entregarse en brazos de Cavallo, representante del conservadurismo ideológico a la vez que del anti-radicalismo más acérrimo (3). Cavallo –ministro de Economía, pero superministro en los hechos- bajó

los salarios, inició el tristemente célebre “corralito”, y cayó finalmente el 20 de diciembre de 2001, horas antes que De la Rúa.

A De la Rúa lo expulsó la mezcla de presión orquestada por saqueos populares a supermercados, obviamente basados en carencias reales pero no espontáneos (4), junto con el histórico primer “cacerolazo” de las clases medias a Plaza de Mayo, molestas por la declaración del estado de sitio, y por la imposición del “corralito”, que inmovilizaba los depósitos bancarios.

La represión fue muy dura y fueron muertas más de 30 personas por las fuerzas policiales y de seguridad, sobre lo cual nunca se asignaron claramente responsabilidades. De la Rúa igual cayó, sumido en su impericia y su visible incapacidad de gobierno (5).

Sobrevino una situación confusa de vacío de poder, sobredeterminada por la fuerte presión social y el evidente rechazo hacia el estamento político en general. Allí surgió el célebre slogan “que se vayan todos”, como muestra del repudio indiscriminado a los profesionales de la política. El rechazo indignado se establecía también sobre la figura de Menem, de modo que estaba claro que no se trataba de repudiar un gobierno sino el sistema político en su conjunto, y que la caída de la Alianza no implicaba ninguna aprobación para el peronismo.

Este último –sin embargo- se sintió providencial, y creyó ser la única fuerza que emergía intacta de la crisis. De modo que reunió a sus dirigentes para que decidieran qué hacer, mientras el presidente de la Cámara de Senadores se hacía cargo momentáneamente de la presidencia de la Nación.

Se decidió llamar a elecciones en dos meses más, y entretanto sostener a algún político peronista que se ofreciera como presidente provisorio por ese lapso. Se autopostuló el sanluiceño Adolfo Rodríguez Saá, gobernador de su provincia con estilo caudillista por 17 años consecutivos. El ser poco conocido nacionalmente -y en ese poco que se lo conocía tener muy mala imagen-, hizo que los restantes hombres del peronismo no vieran peligro alguno en su acceso a la presidencia por un período que se suponía breve.

Pero Rodríguez Saá tenía otros planes, y de inmediato se lanzó a una fuerte campaña populista, prometiendo no pagar la deuda externa en una sesión solemne de la Legislatura, al asumir su presidencia momentánea; haciendo acuerdos con la cúpula de la CGT, tratando de hacer guiños a la izquierda (recibió en la Casa Rosada a las Madres de Plaza de Mayo) y lanzando una desafortunada saga autopublicitaria, obviamente destinada a perpetuarse en la primera magistratura.

La maniobra desconcertó a todos: tanto al resto de los postulantes peronistas para las futuras y supuestas elecciones, como a una sociedad que en situación de crisis aguda, no podía entender tan súbita subordinación de las urgentes cuestiones nacionales a apetencias personales de poder.

Rodríguez Saá debió renunciar a la semana de haber asumido, en un acto opaco y confuso donde la televisión nacional estuvo ausente, y se realizó una penosa transmisión con los equipos de TV locales de la provincia de San Luis. El pálido final de la presidencia estuvo precedido de un multitudinario cacerolazo en Plaza de Mayo el día

viernes, a una semana del que derrocó a De la Rúa, y casi de la misma magnitud. Los pacíficos manifestantes desbordaron de indignación; el momentáneo presidente pidió apoyo a sus pares peronistas, y éstos le devolvieron la “gentileza” de su intento de autopetruación, dejándolo sin ningún sostén.

Sucedió una nueva presidencia interina en manos del jefe de la Cámara (pero como renunció el anterior –Puerta-, éste fue otro diferente –Caamaño-, de modo que se tuvo cuatro presidentes en poco más de una semana), mientras la cúpula peronista deliberaba sobre qué hacer en una peligrosa y vertiginosa situación de licuación de los poderes institucionalizados.

Fue allí que se apeló a la figura de Duhalde, candidato presidencial del justicialismo en la ocasión en que había ganado De la Rúa. Político avezado, enfrentado totalmente con el repudiado Menem, depositario de un difuso discurso populista, y sobre todo, dueño de un poderoso aparato partidario (sospechado de haber usado medios no siempre lícitos) en la crucial provincia de Buenos Aires, que sostiene casi el 35% del electorado del país.

Este poder evidente de Duhalde hizo pensar que el país, percibido como un barco a la deriva, podía ser reorientado por su mano imaginada como firme y resuelta, en contra de la magra imagen de indecisión que caracterizó a De la Rúa.

En contraste con tal expectativa, los primeros tiempos de Duhalde fueron una interminable serie de desaciertos y contramarchas. Comenzó señalando que se devolvería el dinero en su moneda original a quienes tenían dinero atrapado en el “corralito”, para desdecirse días después ante las presiones de los bancos. Dudó entre economistas cuasi-liberales y de extrema izquierda para hacerse cargo de una economía quebrada y fuera de cauce. Finalmente su ministro fue Remes Lenicov, hombre de su confianza, quien demostró singular ineficacia durante su corta estancia en el cargo. Este no pudo resolver la negociación con el FMI a pesar de ceder a todas sus presiones, con lo cual se tenía todas las desventajas de los ajustes de la banca internacional, sin que ésta pusiera a cambio ningún dinero fresco. El “corralito” aumentaba cada vez más su cerrazón, con una retórica que en cada caso hablaba de “suavizarlo”.

Algo positivo logró Duhalde en este período: de a poco fueron disminuyendo los cacerolazos y manifestaciones espontáneas, pues ningún proceso de movilización colectiva puede sostenerse indefinidamente. Surgieron de allí muy interesantes organizaciones de base (asambleas populares, clubes del trueque), pero la calma fue reapareciendo en términos de la weberiana rutinización e institucionalización del carisma, de modo que el sistema político fue recuperando su habitual desparpajo. A tal punto, que al poco tiempo en diversos municipios los concejales buscaban subirse abruptamente sus sueldos (eufemísticamente llamados “dietas”), mientras la población tiene congelados sus sueldos hace más de 10 años; o personeros con imputaciones en la justicia volvían a ocupar bancas en las legislaturas.

A la vez, el movimiento piquetero se organizaba y fortalecía, según diversas tendencias internas, algunas más negociadoras y otras más intransigentes, pero todas caracterizadas por su embate combativo y el método de cierre de rutas. Es de destacar que este movimiento se liga sobre todo a los desocupados (hoy el 30% de la población económicamente activa), mientras los caceroleros pertenecían a los sectores medios;

ello impidió cualquier confluencia entre ambos tipos de protesta y sus respectivos actores, a la vez que motivó que no existiera posibilidad de una identidad política común en la que se cobijaran sus reclamos (tal carencia continúa a la fecha, feb. 2003).

Duhalde tiene una amplia experiencia de acuerdos y clientelismo con los sectores subocupados del enorme conurbano bonaerense, de modo que rápidamente estableció canales de negociación con los piqueteros. De hecho, pocas veces se reprimió a estos abiertamente, y gran parte de las políticas sociales del gobierno han consistido en concesiones de planes “Trabajar” (subsidios directos de \$150 ó \$200 mensuales por persona, con un dólar a más de \$3) negociadas con los líderes piqueteros, obviamente bajo la presión de estos.

Es de destacar que Duhalde ascendió a comienzos de enero del 2002 con el apoyo de una coalición política interpartidaria (si bien algún sector peronista se oponía, hubo sostén de la UCR y el Frepaso, y funcionarios de estos partidos en el gobierno), a través de un pacto con Alfonsín en términos de salvaguardar la institucionalidad –había algún peligro de golpe de Estado ante el vacío de poder-, y de dar un corte antiliberal a la política económica.

Esto último se hizo mediante un acuerdo con la UIA (Unión Industrial Argentina), ligada a sectores del alto capitalismo nacional (no del internacionalizado, más concentrado aún), y a grupos de potenciales exportadores. Mendiguren, de la UIA, fue designado ministro de Producción, aun cuando su paso por el cargo haya sido por completo olvidable. Lo cierto es que lo principal del pacto se cumplió: se trataba de realizar la devaluación del peso frente al dólar, y cambiar de ese modo el patrón de acumulación impuesto por Menem-Cavallo con el establecimiento de la convertibilidad peso-dólar impuesto casi diez años antes.

Tal devaluación resultaba necesaria, dado que había retraso en la cotización del dólar, y los costos argentinos eran altísimos. Pero debía hacerse con cuidado y controles. En cambio, Duhalde lanzó una devaluación abierta y desordenada, y mientras él prometía que el dólar no pasaría de los \$1,70, éste se desbocó hasta llegar a \$3,80, e incluso hubo quienes pronosticaban mucho más.

La nueva política económica tuvo evidentes ganadores y perdedores. Entre los primeros está el grupo megamediático “Clarín”, que pudo licuar una deuda de varios millones de dólares trasladándola a millones de pesos (lo cual era casi la cuarta parte, sólo el 27 ó 28% de la deuda original), ya que el gobierno “pesificó” las deudas para equilibrar el efecto devaluatorio. Iba a hacerlo inicialmente sólo con las menores a \$100.000, pero terminó haciéndolo prácticamente con todas, permitiendo una espectacular quita de deudas a los grandes acreedores del Estado.

Por supuesto, los exportadores se beneficiaron con la baja de costos nacionales, los que se hicieron casi irrisorios. Perdieron, en cambio, las empresas privatizadas, que habían obtenido cifras siderales con el dólar 1 a 1, y que vieron de pronto disminuir drásticamente sus ganancias. Por supuesto, estas multinacionales comenzaron a presionar con dureza, aunque los aumentos de tarifas que han logrado (alrededor del 10%) están totalmente por debajo de sus pretensiones, avaladas –como es fácil suponer– por el FMI.

Desarrollo aparte merece la comedia de enredos entre el gobierno duhaldista y el FMI. Este es obviamente corresponsable de las políticas privatistas y de descontrol de los préstamos, que llevaron al colapso económico nacional. De cualquier modo, desde el FMI no se hicieron cargo, y se dedicaron a fustigar a Duhalde haciendo un juego perverso de permanentes nuevas exigencias al gobierno, que al comienzo las cumplía todas; pero que finalmente advirtió lo inútil de su esfuerzo por congraciarse.

Remes Lenicov fue reemplazado por Lavagna, un economista de corte populista y buena formación académica. El nuevo ministro terminó por enfrentarse a las sucesivas delegaciones del FMI, y decidió que Argentina no pagaría nada de su deuda a los organismos hasta que el convenio –tantas veces aplazado por el Fondo- se concretara; finalmente, por presión de los países miembros, la plana mayor del FMI tuvo que firmar un acuerdo momentáneo hasta que surja el nuevo gobierno, en medio de un sonado desprestigio como institución dentro de la población argentina, y también en muchos foros internacionales (6). El convenio había fijado un récord en la historia del Fondo: demoró el insólito lapso de un año para establecerse.

## 2. ¿Y ahora, qué?

Hacia mediados del 2002, Duhalde declaró que llamaría a elecciones en abril de 2003 para dejar su cargo, que calificó de provisorio. Ello fue posterior a la muerte de dos piqueteros a manos de la policía, en una situación que el presidente juzgó podía licuar en poco tiempo sus ya disminuidos prestigio y poder políticos.

Con el tiempo, quizá él ha juzgado lamentable aquella decisión, ya que su gobierno se reafirmó a partir de agosto del 2002. Poco a poco se estabilizó el dólar, incluso bajó a \$3,20; la inflación es de 60% desde su asunción sin importantes avances salariales, pero al menos no hay inquietud social e institucional permanente, el país se ha calmado y la economía muestra algunos tímidos signos de reactivación. La reapertura de la industria nacional que Duhalde buscaba resulta algo anacrónica como supuesto factor principal en estos tiempos de economía globalizada con predominio de lo financiero, pero es indudable que aún cierto peso de lo industrial en la configuración del producto se sostiene. A la vez, la balanza de pagos ha dado un gran saldo favorable, fruto a la vez de la caída del consumo interno, y de los bajos precios para exportar.

### 2.a. La interminable disputa Menem-Duhalde

El lanzamiento de las elecciones aumentó la conflictividad a nivel de las cúpulas partidarias, a la vez que la disminuyó desde el punto de vista social. Si bien la situación económica siguió generando empobrecimiento masivo de los sectores populares, la existencia de un gobierno en proceso de salida ablandó un tanto la tensión, en cuanto la exigencia de medidas de fondo quedó para el gobierno que venga.

La conflictividad social había sido la causa de la decisión de retirada tomada por Duhalde, y en tanto tal tensión (por ej. en relación con grupos piqueteros) había disminuido hacia fines del año 2002, en el entorno presidencial comenzó a tenerse sensación de que la emergencia había pasado, con ello la extrema debilidad de la figura presidencial, y por tanto se comenzó a imaginar algún futuro político donde Duhalde tuviera un rol preponderante.

El presidente había prometido no ser candidato en la elección llamada, con lo cual quedaba excluida esa posibilidad querida por su entorno. Para permitirle participar, se pensó en postergar las elecciones, dado que constitucionalmente la actual convocatoria presenta problemas (el nuevo presidente estaría en el poder un mayor tiempo que el correspondiente al período de cuatro años, ya que tomaría el cargo en mayo, y el período de De la Rúa hubiera finalizado en diciembre). Esa posibilidad de postergación a la fecha continúa latente, así como la de que en tal ocasión pudiera presentarse Duhalde, ya que su promesa de abstención personal podría limitarse al llamado de abril-2003.

Mientras, el movimiento de organización social abierto en diciembre del 2001 no ha encontrado una forma de identidad política. Piqueteros, assembleístas, caceroleros, se expresan aisladamente entre sí y con fuertes divisiones internas, y no han podido canalizar modos organizativos masivos que pudieran tener peso en las elecciones. La izquierda, consuetudinariamente inhábil en Argentina, no ha logrado capitalizar sustantivamente el movimiento para darle expresión en el campo político-partidario.

La derecha liberal no tiene un gran partido que la represente en Argentina, al punto de que el neoliberalismo en la práctica fue cumplimentado por Menem, a través del peronismo. De cualquier modo, se basa en algunos partidos provinciales de corte conservador (Autonomista-Liberal de la prov. de Corrientes, Partido Demócrata de Mendoza, etc.) que se han federado, y ofrecen la candidatura del ex-radical –y hombre definitivamente de derecha- Ricardo López Murphy. Pero no se espera que este candidato pudiera hacer una elección con muy alto resultado.

A todo esto se suma la crisis de representación de los políticos y la política en general tras la crisis de diciembre del 2001, con lo cual izquierda y derecha no pasarían en ningún caso de un 10 ó 12% del electorado cada una. Esa crisis es tan honda, que se espera que en las elecciones más del 50% se encuentre en el conjunto de los que descreen, y no votan, votan en blanco o hacen anular su voto con algún insulto a los candidatos, voto al Pato Donald, etc. Es decir que, según las encuestas, ninguno de los candidatos va más allá de una intención de voto del 17% del electorado, lo cual es una muestra –a la vez- de la falta de legitimidad del aparato político, y de la inevitable debilidad que tendrá el gobierno que surja de las elecciones (que, además, deberá gobernar hasta diciembre del 2003 con la conformación de las cámaras de diputados y senadores -más los gobiernos provinciales- acordes a las elecciones anteriores, y por tanto, probablemente hostiles).

Sin derecha ni izquierda fuertes, sólo quedan los dos partidos tradicionales, el justicialismo y la UCR. Pero esta última quedó diezmada tras ser la base del gobierno de De la Rúa, y dos de los candidatos (López Murphy y Carrió) son desprendimientos de ella que van por otros partidos. Resultado: se espera para UCR un resultado lapidario en las elecciones.

Por su parte la diputada Carrió, con una posición de izquierda moderada, había llegado al tope de las encuestas hasta mediados del año 2002. Inteligente y muy hábil en el uso de lo mediático (respuestas rápidas, terminantes a los entrevistadores), su lucha por moralizar la política le ganó adeptos en la población, y adversarios irreconciliables entre los profesionales del privilegio político. Sin embargo, cierta tendencia histriónica, mucho personalismo y una impronta mística creciente –que la lleva a expresarse con la seguridad de una Pitonisa de nuestro tiempo- le han restado caudal en los últimos tiempos, dejando entonces el campo casi totalmente propicio a los candidatos del peronismo.

Este último ya carece de toda unidad doctrinaria u organizativa; es un partido que siempre se caracterizó por liderazgos unipersonales que ahora no tiene, de modo que la pelea entre sus diferentes candidatos divide a la organización, y probablemente la lleve a un cisma más o menos disimulado y demorado, pero aparentemente inevitable. Como además los adversarios del PJ están en retirada en cuanto a su capacidad de ganar las elecciones, se da de nuevo un escenario que el país ha vivido en otras épocas: la lucha interna del peronismo es la arena en que se dirime el futuro nacional en su conjunto.

Esa lucha reconoce un tercer actor además de Menem y Duhalde, que es el puntano Rodríguez Saá, que ya nombramos como efímero presidente a fines del 2001. Proveniente de una provincia pequeña que ha tenido logros importantes en obra pública y amplias sospechas y denuncias de corrupción, ha decidido enarbolar un discurso de centroizquierda acorde al del peronismo tradicional, intentando llenar un vacío en dicho espacio. No obsta para ello que su política concreta haya llenado ítems totalmente adscribibles al más crudo neoliberalismo (por ej., su provincia es la única que se ha aplicado la receta liberal de las escuelas *charter*).

El ex-gobernador de San Luis ha catalizado amplio desprestigio fuera de su provincia, por un sonado escándalo sexual primero, y luego por las reiteradas denuncias por culto a la personalidad, manejo unificado de la prensa, presiones a los jueces, etc., dentro de esa provincia que controla por completo.

Sin embargo, su caso es una muestra del poder de la TV cuando las condiciones externas resultan también favorables: dentro de la caída de la imagen de Carrió hacia mediados del 2002, y del repudio generalizado a Menem y a los políticos más conocidos, bastó a R.Saá visitar –no espontáneamente- una serie de programas de periodismo político de llegada nacional en una abierta e intensa campaña de dos o tres semanas, para súbitamente situarse primero en las encuestas a presidente de la Nación. Duró sólo tres meses en ese lugar, pero es de advertir que su presencia en la pantalla bajó notablemente en ese período, luego del intenso “raid” televisivo inicial.

Mientras, se iniciaba el duelo entre Menem y Duhalde por las decisiones en torno a las elecciones próximas, y por lograr el voto que les permitiera –a cada uno de ellos contra el otro- hegemonizarlas. Una rivalidad ya larga y antagónica (Duhalde fue prácticamente boicoteado por Menem, cuando fue candidato y finalmente perdió), ha encontrado campo fértil para desarrollarse ante la expectativa pasiva del resto de los argentinos.

Este enfrentamiento ha tenido algunos momentos sordos, y otros muy abiertos. Los primeros se desarrollaron hacia la última parte del 2002, e implicaron en el primer momento la imputación judicial a un sacerdote ligado al empresariado, por supuesto abuso sexual de menores (7). Este mediático personaje era muy conocido por recoger fondos de diversas procedencias –lo que ya le había costado críticas y sospechas previas- para una fundación de atención hacia niños necesitados. Lo cierto es que hasta ese momento no se había hecho evidente qué tipo de apoyos contaba entre el *stablishment* económico y político; su imputación judicial a partir de algunos testimonios –de varios de los cuales hubo también desistimientos posteriores bajo confusas circunstancias- llevó a su defensa cerrada y absoluta por parte de todo el más alto aparato económico ligado a las transnacionales, los medios gráficos y electrónicos que les son acólitos (característicamente Canal 9 de Bs. Aires y el diario “Ámbito Financiero”), y una amplia gama de periodistas y personeros mediáticos ligados a la defensa de la “mano dura” contra la delincuencia y –en su caso- de la pasada dictadura militar (caso de un humorista de apellido Portal, o del programa “Después de Hora” en canal 9).

La escalada en torno al caso Grassi alcanzó sorprendente envergadura, de modo que encontramos que sin duda tras la defensa de este personaje, estaba la de toda una línea ligada a las transnacionales que se enriquecieron con los negociados del período menemista, sus privatizaciones monopólicas, y las políticas represivas de derecha que actualmente propone Menem de manera permanente (por ej., supone que la ola de delincuencia sería superada con la intervención del Ejército en la represión interna, lo cual ha sido prohibido por leyes posteriores a la dictadura). Si bien los nexos no aparecen de una manera precisa, no cabe duda que la fuerte movilización en pro (y también en contra) de Grassi, muestra que a su través se simbolizaba y jugaba la disputa entre dos sectores fuertes –y diversos- de la economía y la política nacionales.

Mientras, el grupo Clarín y todo su conglomerado de medios (que implica radios y el canal 13 de Bs.Aires) tomaba la posición opuesta, mostrando a Grassi como sospechado en su actitud sexual, e incluso abriendo algunas dudas sobre sus medios de financiamiento. Es claro que Grassi representa la “respuesta de derechas” a la crisis económica, provista vía del asistencialismo paternalista más primitivo (no por políticas sociales, y mucho menos por la admisión de protagonismo por parte de los grupos sociales afectados); pero ello no alcanza a explicar el lugar paradigmático que alcanzó en este enfrentamiento, en el cual seguramente existen nexos que no han sido publicitados.

Del otro lado, Clarín representa los grupos que se beneficiaron con la pesificación de las deudas realizada por Duhalde, expresados a través de la Unión Industrial Argentina (UIA), lo cual además confluye con la noción antiliberal-desarrollista que el diario con más tirada del país siempre ha sostenido. De modo que se trata de un sector que logró su apogeo actual junto a Duhalde (para nada con Menem, con cuyas políticas no concordaba, y cuyo entorno personal ligado a la corrupción supo criticar –sin excesivo énfasis- en su momento).

La revancha llegó tiempo después a través de un juez ligado abiertamente al menemismo –en sus diez años éste sojuzgó y corrompió a una parte sustantiva de la Justicia argentina, incluido el sonado caso de la Corte Suprema- el cual dictó la prisión preventiva a la que es principal accionista del grupo Clarín, la Sra. de Noble. Esta

mujer, de estilo aristocrático y obviamente familiarizada con las altas esferas políticas y financieras, fue súbitamente encarcelada, para tener que ser dejada en libertad dos semanas después en medio de una fuerte presión de los medios, la opinión pública y las asociaciones internacionales de periodismo y prensa.

Aquí se invirtieron los roles, y los que atacaron a Grassi defendieron a Noble, y viceversa. Eran los mismos actores, sólo que en papeles opuestos. Si bien el encarcelamiento se buscó justificar en que la Sra. de Noble tiene dos hijos adoptados que lo son de desaparecidos (lo cual ella habría informado ya abiertamente con anterioridad) y se supuso que podría existir apropiación indebida de sus personas (8), también se aprovechó la ocasión para denunciar a Clarín por supuestos o reales negociados actuales y del pasado. En este ataque contra el gran grupo multimédios cabe especial lugar para el diario *Ambito Financiero*, el cual, de mucha más modesta tirada y de un derechismo puro y sin matices, no disimula nunca envidia y rechazo hacia un medio gráfico que tiene una largamente sostenida aceptación del público, y mantiene una posición ideológica diferente (9).

Este fue el capítulo sordo del enfrentamiento Duhalde-Menem. El abierto, se sostuvo y sostiene en torno a las reglas para las elecciones a la presidencia y vicepresidencia. Al respecto, ambos querían imponer quién fuera el candidato del Partido Justicialista (PJ); Menem postulándose él mismo, Duhalde a través de un tercero. Ambos tentaron al insípido gobernador de la crucial provincia de Santa Fe, “Lole” Reutemann, un ex-automovilista de Fórmula 1 a quien el ser rico antes de llegar al gobierno, le implicó que no se sospeche de enriquecerse en su ejercicio. Ese modesto antecedente y su casi mutismo mediático (10), le han bastado a Reutemann para alcanzar muy buena imagen: Menem lo quiso para vicepresidente que fuera consigo en la fórmula, Duhalde tenía en él su mejor opción para oponer a la candidatura de Menem. Pero Reutemann dudó en medio de tantas tensiones confrontadas, y finalmente prefirió no ser candidato.

Entonces Duhalde apeló a De la Sota, gobernador de la también muy fuerte provincia de Córdoba, quien durante algún tiempo inicial había tenido un desempeño muy legitimado. Tal buen momento provincial del gobernador ya había pasado, y en 2002 juntaba críticas y protestas, mientras fuera de la provincia lanzaba una campaña cuyo discurso buscaba –con cierta ingenuidad– recuperar la credibilidad para la política. Es evidente que cuando hay descreimiento, aquellos que hablan de que hay que superar tal descreimiento tienen que tener muy buena imagen para sostenerse; de lo contrario, la apelación produce un efecto *boomerang*. De la Sota nunca levantó en las encuestas –que Duhalde consulta siempre– y se volvió silenciosamente a su provincia, dejando de ser el candidato del actual presidente.

La desesperación en el ámbito duhaldista se fue haciendo mayor, y ya rondaba la mitad del mes de enero de 2003 (las elecciones son a finales de abril) cuando el presidente tomó la audaz decisión de apoyar un candidato que no le es cercano ideológicamente, y menos aún su aliado político previo: el gobernador de la despoblada y enorme provincia patagónica de Santa Cruz, N.Kirchner. Este asume una especie de cacicazgo local de tintes patrimonialistas típica de las provincias más atrasadas, pero exhibe un perfil “progresista” (es decir, de una izquierda moderada) que recoge la tradición de la Juventud Peronista de los años setentas, en la que militó en su momento. Nunca fue menemista a pesar de gobernar una provincia, y por tanto estar sujeto a las presiones del gobierno central durante la década de Menem. Por el contrario, su esposa (una senadora

muy activa) ha sido paladín de la crítica hacia el menemismo y hacia algunos casos de corrupción.

Tan inesperada alianza promovida por el presidente, llevó a cierta desaprobación por parte del entorno duhaldista, que al resistir a Kirchner (cuya cultura política y lenguaje le son por completo extraños) pretendió que el candidato fuera Duhalde mismo. Al negarse éste de modo terminante, pareciera que el apoyo del duhaldismo a Kirchner queda asegurado, sobre todo al incluir en la fórmula a Scioli, un ex-menemista y actual funcionario del gobierno nacional cuya principal virtud parece el estar bien ubicado en las encuestas (11).

Mientras, Menem ha dudado entre apelaciones a la línea dura contra la inseguridad existente y promesas de retornar a la convertibilidad del dólar 1 a 1, con críticas al duhaldismo, posturas de víctima frente al poder del gobierno desplegado en su contra, e incluso pretensiones de dar un golpe mediático mostrándose capaz de engendrar un hijo a los 71 años (este primitivo recurso no se ha agotado; el matrimonio con la modelo chilena Cecilia Bolocco ha estado rodeado del aura de la publicidad, y se apuntó a la fertilidad asistida para mostrar a un típico *macho* en una supuesta plena potencialidad). El principal “slogan” ha sido mostrar que se vivía mejor en su tiempo que en la actualidad, lo cual ha encontrado eco en algún sector de la población sobre todo de sectores medios y altos. Es curioso advertir cómo no ha habido suficiente claridad en el periodismo como para hacer notar que es obvio que también se vivía mejor que ahora en los primeros tiempos de Alfonsín, y eso no nos llevaría a ir a buscarlo como solución. En el pasado se disponía de más recursos, y su dilapidación es la que llevó a la situación que hoy tiene el país. Pero ni los otros candidatos, ni sectores antiliberales de la prensa, han desnudado claramente este eje de la campaña menemista.

Finalmente, la batalla se ha relacionado con los mecanismos de las elecciones a realizarse. Menem supuso que ganaría las elecciones internas de su partido; en verdad sería muy disputada una votación contra el también fuerte aparato duhaldista dentro del PJ, pero sin Duhalde como candidato, la situación a favor de Menem se hizo obvia. Ni Rodríguez Saá ni Kirchner tenían chance importante dentro de esta opción.

El actual presidente decidió cortar las posibilidades del menemismo (hay que destacar que este último además podría llevar a la derrota del PJ, pues en una segunda vuelta electoral previsiblemente casi todos se juntarían contra él) (12); de tal modo que fue ideado un procedimiento para evitar las elecciones internas en el PJ, y así también el esperable triunfo de Menem en esa instancia.

Duhalde aprovechó su momentánea superioridad dentro del enorme aparato del Congreso Nacional Justicialista, y en una reunión cargada de tensiones y de preanuncios de posible violencia pero que transcurrió sin incidentes, derrotó por completo al menemismo. De modo que lanzó una triple candidatura del partido, para que los tres candidatos fueran directamente a la elección nacional: Kirchner (ya con el duhaldismo), Menem y R.Saá.

El menemismo confió en su influencia sobre la Justicia para retornar a las elecciones internas que llevarían a su candidato a ser el único representante del PJ. A pesar de que la jueza electoral Servini de Cubría fue percibida como muy cercana al menemismo cuando éste gobernaba, ahora el gobierno es otro. De modo que sus decisiones no

fueron esta vez afines a Menem, aunque mantuvo la constante de serlo al poder de turno: dictaminó que no habría internas y que convalidaba la decisión del Congreso del PJ de sostener tres candidatos. Ninguno de ellos, decidió la jueza, podría usar los símbolos partidarios (modo de evitar el aprovechamiento selectivo por parte de alguno).

En un golpe mediático previo a esta decisión Duhalde –cuyo entorno desconfiaba de la decisión a tomar por la jueza- concurreó personalmente al despacho de Servini de Cubría, sin otro afán –se dijo- que solicitar un pronto despacho e interesarse por la causa. Aparentemente, el recurso resultó efectivo, y mostró una vez más el peso de la TV a la hora de poner en la agenda pública una determinada situación.

### 3.El medio es la TV: sobre el cómo presentar los hechos políticos

El grupo Clarín es sin duda el más grande en cuanto a posesión de medios en Argentina; muy cerca suyo en cantidad de propiedades –y en competencia con él- ha estado lo que hasta hace un tiempo fue el CEI, un grupo empresarial surgido al calor del menemismo, que ha incluido a Telefé (canal 11), -el cual ha sido, con un marcado estilo populista, el de mayor “rating” por un largo período interrumpido recién en 2002-, junto a la posesión de radios, y medios gráficos en el interior del país.

En el campo de la televisión, también se encuentran canal 2 (América), que hasta hace poco tiempo estuvo en manos del empresario Eurnekian; canal 9 comprado en 2002 por Haddad, un reconocido operador de la derecha ideológica y política; y canal 7 que es el oficial, es decir, de propiedad del Estado.

A nivel de la gráfica, hay diarios que no pertenecen a ninguno de estos conglomerados. El más tradicional es sin dudas La Nación, que representó históricamente a la gran burguesía ganadera argentina, y que se ha quedado un tanto sin perfil tras la caída de peso histórico de ese sector social y de su vetusta modalidad cultural. Otros destacados, son el ya referido Ambito Financiero, dedicado principalmente a las noticias económicas para empresarios y gerentes, con un obvio posicionamiento definidamente neoliberal; y casi en las antípodas del espectro ideológico se encuentra el matutino Página 12, con lectores principalmente ligados a las clases medias ilustradas y profesionales, que sostiene una considerable capacidad de denuncia en torno a cuestiones de corrupción y abusos contra los derechos humanos.

La televisión es sin duda el lugar de la llegada pública fácil y rápida, con garantía de masividad. La velocidad que es su principal característica (13), hace que no pueda discutirse allí ninguna cuestión de fondo, y que si se lo hace se la banalice casi necesariamente. Sin embargo, es en ese medio donde se fija la agenda de la discusión pública, de lo que hace al horizonte colectivo de visibilidad. Lo que no llega a la TV, difícilmente alcance a lograr peso como tema en la opinión social mayoritaria.

Sin embargo, la construcción de discurso sistemático sobre los temas que aparecen en la TV, se opera en la radio y en la gráfica, o en alguno de los muy pocos programas de opinión que la misma TV pueda sostener. Dicho de otra manera, si bien es la televisión la que establece de qué se habla y establece las impresiones primeras y mayoritarias, la construcción de opinión sobre esos temas pasa a través del discurso, y éste se construye por vía de líderes sociales que son portadores de cierta interpretación propia de la

noticia. Esta última se constituye a menudo fuera de la televisión, por vía de la apelación a la gráfica (más a los diarios que a las revistas, pues tienen mucha más llegada que estas), y por las informaciones y opiniones detalladas que a menudo proporciona la radio.

Si bien es común señalar que la TV reemplazó a la radio, en un sentido estricto —al menos en Argentina— lo habitual es que se produzca una combinación en la recepción de ambas. Si bien en no pocas casas se prende la TV desde la mañana, es más habitual que a esa hora se escuche radio, incluso mientras se hace la higiene personal, se va en automóvil al trabajo, o se realizan tareas hogareñas. El poder escuchar radio sin tener que dejar de hacer otra actividad es sin duda una ventaja de este medio, que no implica la atención centrada que la TV exige, la que se puede asumir sólo a la hora en que se cuenta con tiempo libre específico.

La cotidianeidad de la radio sigue siendo diametralmente diferente de la de la TV. No está movida por una urgencia tan estricta, es menos vigilante para quien está emitiendo (puede gesticular, comer, etc. mientras está trabajando), promueve un clima dentro del cual existe tiempo para pensar y discutir, a la vez que implica peso exclusivo para el discurso, en tanto no está en juego la imagen.

Advertimos, entonces, cierta complementariedad en los roles de la TV por una parte, y de la radio y los diarios por la otra. Una brinda la instalación pública de los temas, su llegada masiva por vía de la espectacularización; los otros, el discurso sistemático y el espacio de las interpretaciones más conceptualmente mediadas.

Por otra parte, la TV se ha hecho conciente al respecto, y su invocación a la información proporcionada por los diarios es muy fuerte, especialmente en horas de la mañana. Es común en ese horario que existan programas informativos que simplemente se remiten a leer los titulares de los principales periódicos en el día, y a hacerles breves comentarios. De tal modo, rápidamente cualquier televidente puede tener una noción de las principales noticias de la fecha, a la vez que de la muy disímil forma de tratamiento que le otorgan los diferentes diarios (p.ej., qué tipo de letra asigna cada matutino a determinado suceso, si lo destaca en primera plana o no, etc.).

Si nos atenemos a los canales de TV, su construcción de las noticias sobre los hechos de diciembre del 2001 y los sucesivos avatares institucionales (los 4 presidentes consecutivos, la asunción de Duhalde, etc.) reconocen algunos matices diferenciales, pero también ciertas constantes muy notorias. La principal de estas últimas está dada por la asunción de los gravísimos hechos como primicia-espectáculo, es decir, como herramienta de atracción para el telespectador: tratamiento en nada diferente al de una publicidad o un evento deportivo. Es el muy conocido caso del canal Crónica que apela a un inveterado amarillismo, consistente en carteles tamaño catástrofe sobre fondo rojo y con una chillona voz en *off*, los que tienen por referencia aquellos sucesos más “ruidosos” que se hayan dado previamente.

Así, incluso los numerosos muertos por las fuerzas represivas el 20 de diciembre, los sucesivos cacerolazos y la indignación de la población, la renuncia de los diferentes presidentes, y por supuesto los saqueos practicados antes de la caída de De la Rúa, fueron presentados todos como atractivos acontecimientos que servirían para animar al espectador y fomentar la sintonía del propio canal emisor (el slogan “nosotros dimos la

primicia” es un lugar común de Crónica, pero también de otros canales). La falta de periodistas suficientemente formados como para interpretar conceptualmente hechos veloces y complejos, tanto como la decisión de las empresas de no ponerlos en cámara si es que los tenían disponibles, dejó todo en manos de feroces operaciones de *marketing* por las cuales estaba prohibido pensar e interpretar, asistiendo la población a un desahogado “show” de imágenes, gritos, interjecciones y jadeos, que fueron la impronta permanente de los equipos móviles que cubrieron las marchas, conferencias de prensa, renunciadas y declaraciones.

Frente a la caída de De la Rúa hubo prácticamente unanimidad: se iba un gobierno inerte e impotente, por sus propias contradicciones y carencias. Nadie lo defendió, y sólo pudo advertirse como matiz en los medios más de derecha una pretendida justificación de la violencia policial si bien en ningún caso frontal, pues la pueblada aparecía claramente como pacífica y legítima. El breve estadio de Rodríguez Saá fue más complejo, pues incluyó el frondoso populismo asumido por el momentáneo jefe de Estado, quien quiso perpetuarse apelando a una rápida ganancia de popularidad. Para ello, hizo un acto histórico con dirigentes de la desprestigiada CGT (Confederación Gral. del Trabajo) -que de cualquier modo mantienen el control formal de lo que queda de los sindicatos tras la flexibilización y la desocupación crecientes- apelando en ese caso a la simbología peronista más tradicional, que había sido sutilmente enterrada por el menemismo. Y en el acto solemne de su asunción ante diputados, senadores y la televisión nacional en pleno, declaró enfáticamente que Argentina dejaba a partir de allí de pagar los compromisos de su deuda externa, recogiendo así muchos aplausos y no pocas perplejidades.

Ese gobierno que asumía públicamente posiciones atribuibles al populismo o incluso a cierta izquierda, a la vez se componía con un enorme grupo de funcionarios con sospechas de corrupción, previamente defenestrados o rechazados por la sociedad, lo cual constituía un curioso *coctel* internamente contradictorio e inconsistente. Los medios repitieron muchas veces las insólitas palabras de Carlos Grosso, flamante Ministro del Interior, que tuvo que dejar el cargo de Intendente de la ciudad de Bs.Aires años antes entre una nutrida serie de denuncias: “El presidente me ha convocado por mis capacidades, no por mi prontuario”.

Rodríguez Saá gozó del seguimiento por la prensa, pero no de sus elogios. Curiosamente unió a la derecha y a los medios progresistas en su contra. La primera, vio con desconfianza el no-pago de la deuda: tras años de neoliberalismo salvaje (Menem y luego De la Rúa), les parecía insólito escuchar a nivel oficial una voz que no hablara de ajustes, de seguir las recetas del Fondo, de obediencia al mercado libre, etc. Desde el otro lado, el pasado del nuevo presidente como gobernador de San Luis hacía desconfiar de su actitud para sostener normas de derecho en lo institucional, lo cual quedaba rubricado por la extraña gama de personajes que componían su gabinete.

De modo que la caída de Rodríguez Saá no fue lamentada por ninguno de los grandes medios, que advertían que el fugaz presidente no había estado a la altura que se requería para sofrenar la fuerte crisis política, la cual constituía finalmente el punto de urgencia que a todos preocupaba, y que por causas diferentes los distintos sectores querían superar (la derecha, por temor a perder el control del aparato político, o el de éste sobre la indignada población; la izquierda, por aversión al posible golpe de Estado ante el creciente vacío institucional).

Lo anterior explica por qué no hubo fuerte oposición a la asunción de Duhalde aún por los sectores por completo ajenos al discurso populista del actual presidente. No había ya más opciones, y el líder justicialista de provincia de Bs.Aires era una de las últimas chances –o del todo la última- a que se podía apelar para salir del paso.

No fue igual la respuesta de los medios cuando Duhalde, de una manera especialmente torpe, lanzó la consigna de que se devolvería el dinero atrapado en el llamado “corralito” a todos los ahorristas, en cada caso en su moneda original. Para entonces, ya se había hecho evidente que la devaluación destrozaría esos ahorros, si se devolvía en pesos lo depositado en dólares; pero por su parte, los bancos habían alegado con sorprendente desenfado no tener dólares en sus arcas.

Ante la declaración presidencial los medios de la derecha ligada al capital financiero (Ambito Financiero, canal 9, canal 11) pusieron el grito en el cielo señalando que se pedía lo imposible, que los bancos ahora cobrarían en pesos pero deberían pagar en dólares, que esto era una exacción típicamente dirigista cuando no “comunista”, etc., apelando a un arsenal no siempre muy elaborado de herramientas de ataque emplazadas en la defensa directa de los intereses de los banqueros (los cuales, ciertamente, no habían sido restituidos por el Estado de préstamos que le habían hecho a éste; pero eran sin dudas responsables por prestar sin garantías, y en todo caso habían re-prestado dinero de los ahorristas sin luego devolverlo a estos).

Así comenzó a romperse el curioso equilibrio y consenso inter-ideológico previo, y se inició la incipiente saga de ataques neoliberales contra el duhaldismo, acusado de estatista, improvisado, incapaz de seguir las “naturales” reglas del mercado, etc. Es curioso advertir cómo los “gurús” mediáticos al servicio del gran capital (Melkonian, Broda, Artana, etc., todos consultores de grandes empresas) se pasaron todo el año 2002 pronosticando calamidades que serían inevitables –según ellos- para un gobierno que no respetaba la ortodoxia neoliberal: el dólar llegaría a 7 pesos, la inflación a más del 100%, se daría el colapso de las cuentas públicas por falta de fondos al no proveerse recursos internacionales por nuevos créditos, la desinversión sería generalizada por la pérdida de rentabilidad para las empresas a precios mundiales, etc. Nada de eso sucedió; mientras, las voces insistieron permanentemente hasta que a finales del año empezaron a callarse, visto el notorio fracaso de sus oscuros vaticinios. Por una vez, los neoliberales han debido asumir la fragilidad de sus opiniones, frente a una realidad que les ha sido definitivamente adversa.

Por cierto, no es que se haya encontrado en Duhalde un gran conductor político, ni que las posturas del Ministerio de Economía hayan sido siempre acertadas. Por el contrario, en tiempos de Remes Lenikov, y cuando el gobierno aún no se consolidaba, las idas y vueltas resultaban permanentes, y por ej., el presidente decidió que finalmente no se pagaría el corralito en moneda original, ideando el hacerlo a \$1,40 por dólar, de acuerdo a la cotización posterior al primer momento de la devaluación. La distorsión que esto importó para los ahorristas fue enorme, ya que el precio en el mercado libre del dólar llegó a \$3,80 (en febrero de 2003 está estabilizado en aproximadamente \$3,20), lo cual permitió a los bancos hacer una monumental diferencia, mientras los ahorristas perdían automáticamente el 60% del valor de sus depósitos en moneda internacional.

Sin embargo, los embates del FMI contra el duhaldismo (como un castigo a la Argentina en general, luego de haberla acompañado en las políticas que la llevaron al abismo; y también como un ataque a la poca ortodoxia del modelo económico aplicado tras De la Rúa), sus gastos en subsidios al desempleo y en negociaciones con piqueteros, las intervenciones del gobierno para impedir aumentos generalizados en las tarifas de las empresas privatizadas, convirtieron al presidente en alguien muy lejano de la izquierda, pero por cierto también de la derecha económica neoliberal. Por ello, ese sector descargó permanentemente sus dardos contra él.

El momento inicial para hacerlo fue sin dudas la devaluación, concretada a comienzos del gobierno. Al lanzarla como remedio-panacea universal, Duhalde no previó sus consecuencias ni puso freno alguno al deslizamiento libre del dólar, que trepó a toda velocidad en una estampida que promovió nueva y fuerte zozobra pública. En ese momento ya la prensa más ortodoxamente liberal (La Nación, Ambito Financiero) se lanzó contra el gobierno, en la medida en que los sectores que representan se veían perjudicados con la nueva situación cambiaria.

Tal devaluación fue un auténtico parteaguas, y en algunos noticieros -y sobre todo en los programas especializados en política y/o economía- se hizo común el descargar críticas sobre el gobierno acusándolo de irresponsabilidad e impericia o, por el contrario, se afirmaba que se había dado un paso importante y necesario, aun cuando se lo hubiese hecho no de la mejor manera.

En el tratamiento específico de casos como el de Grassi o la Sra. de Noble, como ya dijimos, la polarización se hizo abierta y ostensible. Mientras el canal oficial –que tiene muy escaso rating y un color desvaído resultado de su anticuada tecnología- buscaba imposibles equilibrios, canal 9 propalaba la más abierta opinión en pro del sacerdote cuestionado y en contra de la propietaria de Clarín. En esta contienda, los modos verbales y estilísticos perdieron todo cuidado, tanto defensas como ataques carecieron de matices, y abandonaron esa brizna de pretendida objetividad que los medios buscan sostener a la hora de presentar las noticias.

Es que en cercanía de elecciones los disfraces de “verdad” a se apela para dar verosimilitud a las propias versiones, se ponen en crisis frente a la decisión abierta de favorecer los propios intereses. Canal 9 y canal 11 no ocultan sus preferencias por los candidatos de la derecha, ya sea Menem o López Murphy. Pero este último tiene pocas chances de llegar a ganar, de modo que la insistencia en el apoyo al ex-presidente es notoria. Resulta notable en este sentido el programa “Después de hora”, dirigido por un periodista previamente ignoto de apellido Laje. El programa es verdaderamente notable en su factura, pues ha logrado buena audiencia, ubicado en el estratégico horario de las 23 hs. Rodeado de otros tres periodistas homogéneamente ignorantes y reaccionarios, Laje hace gala de su notoria voz de bajo, y de un cuidado *look* de modelo masculino, mientras la visualidad del programa es ágil y atractiva, reseñando siempre los principales temas del día.

La línea ideológica es siempre la misma: enorme primacía otorgada a los hechos delictivos, llamada permanente al autoritarismo y necesidad de “mano dura”, muestra reiterada de los policías que mueren o son heridos en enfrentamientos, minimización o silenciamiento de los delitos policiales o perpetrados por las fuerzas de seguridad, ataques a los organismos de derechos humanos presentándolos como aliados de los

delincuentes. En otro orden de cosas, feroces ironías –si así puede denominarse a referencias a menudo nada sutiles- respecto de la política económica de Duhalde, de las decisiones de su ministro de Economía, del no-pago al FMI siempre elogiado, y críticas permanentes al gasto social, a los piqueteros, y a las negociaciones con ellos. Para este repertorio de ademanes derechistas sin rodeos, los periodistas del ciclo saben cómo buscar marcos de legitimidad: por ejemplo, han aprendido a hablar misericordiosamente de los pobres, echando por supuesto la culpa de su existencia al gasto social y a los políticos (punto este último en que saben que sintonizan con la comunidad, que aprovechan en el sentido neoliberal de proponer la política y el Estado mínimos, y el de pretender que se otorgue toda la dirección de lo social a la economía corporeizada en las grandes empresas).

En su programa Después de Hora, Laje y los suyos (se incluye una mujer puesta en el remanido sitio de decoración y acompañamiento pasivo) se quejan retóricamente de los frutos de su interminable prédica autoritaria: “sé que van a decirnos *fachos*”, lanza al aire, justificando sus posiciones en la alegada defensa de la seguridad de la población. Declamación que no deja de tener eco favorable en una ciudadanía paralizada por el miedo a la violencia delincencial creciente, en una sociedad previamente acostumbrada a muy bajos niveles de ejercicio del delito contra las personas.

Lo cierto es que este programa nocturno iniciado por Haddad (quien dejó luego el lugar a Laje) (14) ha sido suficientemente exitoso como para que su formato, e incluso al comienzo su mismo horario, fueran en buena medida imitados por otro exitoso periodista, Luis Majul, sólo que en el caso de éste dentro del canal América y con una ideología que se presenta como opuesta a la de Laje y sus amigos.

Es visible que canal 9 y también el proempresarial canal 11, no han dejado de brindar muestras de su toma de posición pro-Menem, en algunos casos un tanto patéticas, pero quizá efectivas para los niveles sociales de más bajo ingreso y menor escolaridad: fue casi inverosímil la música infantil de fondo que acompañó a la efímera noticia de la nueva paternidad de Menem, con C.Bolocco en foto fija con aire angelical. La “noticia” (¿es eso una noticia?) tuvo una amplia cobertura en los noticieros, tan larga como la guerra emprendida por Bush contra Irak, o los problemas con las tarifas de las empresas privatizadas. En estos casos se ha operado directamente como agencia publicitaria de la campaña menemista, mientras “se olvida”, por ej., la singular cantidad e intensidad de casos de corrupción que acompañaron el prolongado doble mandato del ex-presidente.

Por su parte, Majul fue a dar a un canal característico por su curioso eclecticismo. A diferencia del derechismo del 9 y el 11 (en este último menos prístino y con algún dejo populista que no tiene el 9) o del desarrollismo del 13, en el canal América no hay línea ideológica de ningún tipo. Muestra de un tecnocratismo que todo lo juzga por el “rating”, allí sólo importa que la emisión sea vista y que pueda así venderse publicidad u obtenerse contratos, para nada el contenido. Como declaró sin sonrojarse su ex-dueño Eurnekian, para él la propiedad de un canal de TV no es diferente a tener una fábrica de camisas: en cualquier caso lo único a tener en cuenta es el nivel de rentabilidad. De responsabilidad social o cosas por el estilo, este empresario no creía necesario dar cuenta.

Así se juntó en el mismo canal –aunque en programas diferentes, al menos- al menemista Sofovich con el ex-director de Página 12 Jorge Lanata, un desbordante y

ególatra representante del progresismo ideológico. Allí incluso estaba el archienemigo de Lanata, Jorge Haddad, antes de que comprara canal 9. En esta mezcla inaudita de todos los colores del espectro ideológico, se produjeron también fracturas internas: Lanata se distanció de algunos de sus propios “co-equipers”, quienes lanzaron un programa propio. Pero este duró poco, y debieron quedar sólo como segundos dentro del ciclo de Majul.

Lanata se había caracterizado por su desafiante ataque a todas las convenciones y poderes. Fumador impenitente, audaz en las preguntas, obeso cada día más, avejentado a sus apenas algo más de 40 años, el periodista mostró una faceta argentina que tiene considerable tradición: el reto directo y frontal a lo establecido. Es de lamentar que esta capacidad de decirlo todo sin ambages ni miedo a las jerarquías, se empañara por la pretensión del periodista de saberlo todo y en todos los casos, y por su falta de cuidado en informarse más detalladamente de algunos de los temas asumidos.

Majul también es desenfadado, pero ideológicamente resulta un típico producto “light” de estos tiempos. Frente al derechismo directo de canal 9 (Laje y el veterano -y cada vez más tedioso- Mariano Grondona) lo suyo parece abierto, plural y progresista. Sin embargo, hay que admitir que este periodista presenta más pretensiones que logros, una retórica ajustada al *marketing* y pretendidamente “moderna”, a la vez que una preocupación ostensible por el rating más que por la fidelidad a ninguna línea o principio inspirador.

Por otra parte, cabe aclarar que si hay canales que se presentan como abiertamente menemistas en la campaña electoral, no los hay en cambio que sean definitivamente duhaldistas: la simpatía por Kirchner –el candidato oficial- se muestra en canal 13 o en el canal 7 (estatal) pero con ciertos velos. Por ejemplo, en este último es de destacar que no hay un abierto oficialismo ni algo que se le acerque: se busca parecer objetivos, intentando que cuando se habla de uno de los candidatos, se lo haga en un espacio-tiempo análogo también de los otros. Hay que leer más finamente las alusiones respectivas para advertir la escasa preferencia por el menemismo y sus acólitos.

Para ir finalizando la saga sobre TV, digamos que los canales de las provincias repiten emisiones de los de Bs.Aires, de modo que la disputa se continúa en los canales del interior del país. En este sentido, Telefé tiene mucha llegada, dado que los grupos que lo han dirigido también tienen propiedad de canales en las provincias, además de que los buenos logros de “rating” que acompañan sus programas permiten que estos “se vendan”. Esto ofrece alguna ventaja relativa a las posiciones del menemismo, a veces disfrazadas tras noticias “familiares” como el supuesto embarazo de Cecilia Bolocco.

En cuanto a los diarios, La Nación asume la defensa del libre mercado, pero no en la versión bizarra del menemismo y sus estelas de corrupción, sino en una más límpida y pura: la de López Murphy, candidato neoliberal por excelencia sin mezcla de peronismo, y hombre formado en la Escuela de Chicago. Sin embargo, se trata de un diario tradicional que intenta mostrar seriedad y una supuesta neutralidad: eso ayuda a que sus posiciones sean a menudo atenuadas y matizadas, y que se dé lugar a todas las posiciones ideológicas, aun cuando con peso diferencial entre sí.

Ambito Financiero deja un buen lugar para “chismes políticos” en su página inicial, y su contenido es siempre inequívoco: noticias de actualidad criticando el

intervencionismo del gobierno y tomando partido a favor de las grandes empresas. Es innegable la calidad y actualidad de su información económica, así como lo novedoso de algunas de sus noticias y *chismes*. Sin embargo, su tendenciosidad es tan extrema, que cuesta disociar las noticias propiamente dichas de las tomas de partido: su rechazo del duhaldismo es evidente, así como del alegado populismo del restante candidato peronista, Rodríguez Saá.

En las antípodas, Página 12 toma con humor corrosivo toda la apuesta electoral, y si bien trata a Carrió con alguna simpatía, mantiene distancia respecto de toda la clase política, intentando ponerse a tono con el humor de la población. Se diría que en su caso no se prioriza tanto las elecciones como en el de los otros periódicos, pues se busca dar cuenta de la crisis de legitimidad del estamento político.

Clarín –por su parte- es también sutil en sus tomas de partido. Un diario muy leído, con enorme cantidad de información y escasa opinión abierta (a la inversa que Página 12), trata de sostener en ese pilar su hegemonía ante el público. Por ello, pretende también una objetividad al estilo de la que propone La Nación, aunque de estilo más *aggiornado*. Sin embargo, por momentos se puede leer los distanciamientos con el menemismo y la preferencia por la posición de Duhalde, que recibe allí mejor tratamiento que en casi cualquier otro matutino de Bs.Aires.

#### 4.Colofón: la decidida carnavalización de la TV argentina

Hemos podido aproximar a las diversas versiones que se hacen en los principales medios del país sobre la compleja realidad política nacional, que incluye las elecciones que se han convocado. Sin embargo, esto podría hacer inadvertido un punto principal: sólo los medios gráficos (que han perdido muchos lectores por la crisis económica) priorizan lo político como tema. La población consume mayoritariamente mensajes que refieren a hechos muy alejados de estas cuestiones, y tal consumo está hegemonizado por la televisión.

Como promedio se ve más de tres hs. diarias de TV por persona en Argentina. Ahora bien, comparada a la TV de otros países del subcontinente, la de Argentina es en general más transgresora y capaz de burla hacia el poder o a lo convencional: una fenomenal muestra fue *Caiga quien caiga* (CQC), el programa dirigido por Mario Pergolini, en el cual se hacía bromas sutiles pero a la vez muy duras a los políticos más encumbrados (incluidos los sucesivos presidentes), y se planteaba un humor desafiante y vertiginoso. El programa fue tan exitoso que su formato fue exportado a diversos países, entre ellos España y Chile. Pero es evidente que las versiones en estos sitios no lograron el grado de desenfado y atrevimiento de la versión original, a pesar del asesoramiento de la productora Cuatro Cabezas, encabezada por Pergolini en persona.

Pero en este rasgo favorable de la cultura argentina (el atrevimiento, la poca obediencia a las jerarquías) se define también su peor defecto (15): la TV en el país ha perdido todo límite ético o de buen gusto, convirtiéndose cada vez más en un absoluto carnaval, hegemonizado por los reality-shows y los programas de chimentos.

Por cierto, esta es una tendencia mundial de la TV: predominio de la imagen sobre el discurso, de la fantasía desbocada sobre el concepto, de lo sensible sobre lo simbólico

(16). Pero queremos destacar que en el caso argentino esto se da en una escala exacerbada, al menos si lo comparamos con el resto de Latinoamérica: la virulencia verbal y de imágenes llega a límites insospechados.

Lo anterior hace que los programas de noticias y de comentarios políticos estén en franca caída, dado además el desprestigio de la burocracia política. Siendo así, encontramos que el imaginario público está ganado por cuestiones muy alejadas de la política y sus vicisitudes.

El estilo impuesto por Tinelli (exitoso conductor de programas de entretenimiento por Telefé) se ha generalizado: gritos intempestivos, histeria sin razón aparente, alegría sobrepuesta, bromas a personas desprevenidas y ajenas al juego. A esto se suma el formato “talk-show” de personeros como Gelblung, Mauro Viale o Moria Casán, en cuyos espacios no hay límite para situaciones artificiosas y grotescas, para las burlas a los participantes y las peleas –casi siempre inventadas- entre ellos.

También abundan los “reality” de diversos tipos, idénticamente establecidos en la ignorancia cultural de sus participantes, quienes sólo están preocupados por mostrar sus físicos y hacerse un futuro en el mundo del espectáculo; los culebrones protagonizados por cuasi-niños pero escritos por adultos, donde la sexualidad de los primeros opera según las modalidades de los segundos (“Chiquititas”); los grupos musicales “inventados” desde las empresas, seleccionando entre los que se presentan ansiosos al “casting”; y principalmente los programas de chimentos, donde todo puede decirse de todos, de la manera más brutal y desaprensiva.

Entre estos últimos (“Intrusos”, “Indomables”) hay gran competencia por establecer cuál supera al otro en capacidad de escándalo. Se inventa o produce conflictos entre actores o vedettes, se induce rechazos o aprobaciones, se llega a bordear la calumnia o la afrenta con una soltura sorprendente, se invade la intimidad sin tapujos. Jorge Rial – “maestro” del género si es que éste los admite- ha logrado establecerse tres horas diarias por canal América con estos primitivos recursos, donde lo único admirable es su capacidad para llenar el tiempo tan vacuamente.

Este es el “fondo” sobre el cual se lee e interpreta lo político hoy en Argentina. En tiempos en que se requiere pensamiento, se propone el carnaval. Cuando hay razones para el drama por la pobreza y la inseguridad, encontramos la alegría inducida e inmotivada. Cuando se requiere poner palabra a la variopinta y desordenada experiencia, la TV proporciona ruido y caos que ayudan a olvidar la realidad y desentenderse de ella.

No hay discurso político que se encarne suficientemente si no existe un sujeto social en condiciones de receptor tal discurso. La TV no es omnipotente, y los sujetos sociales –afortunadamente- no sólo se (de)forman a través de ella (17). Pero sin duda es un componente decisivo de la experiencia contemporánea: nadie podría subestimar su importancia. Y en el caso que analizamos, lo hegemónico lo constituyen la carnavalización, el espectáculo, el ruido sin sentido y el aturdimiento: sin duda que ellos forman parte “espontánea” de la cultura posmoderna en vigencia, pero tienen fuertes efectos en el campo de la lucha ideológica. Con sujetos narcotizados, seguramente será más difícil configurar una conciencia crítica del presente, y una alternativa política hacia el futuro.

(\*)El autor el profesor-investigador en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Univ. Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina), y profesor de posgrado en diversos países latinoamericanos.

### **Notas y referencias**

(1)El Frepaso (Frente por un País Solidario) surgió desde el Frente Grande, que Carlos Alvarez fundara hacia 1993-94, y fue paradigmática su denuncia de la corrupción en el régimen de Menem. El caso de Matilde Menéndez en el PAMI (obra social de los jubilados que maneja fondos millonarios) fue el primero exitoso, al tener que renunciar la funcionaria. Al fusionarse con PAIS (partido del entonces ex-peronista José Bordón) surge el Frepaso, que ganó con ello votos, y perdió buena parte de su mística inicial.

(2)El entorno de De la Rúa lo formaban sus hijos, su amigo el banquero De Santibáñez, y el llamado “grupo Sushi”, con escasa experiencia política: Delich, Lombardi, Lopérfido, todos jóvenes y la mayoría sin pasado partidario de peso.

(3)Cavallo fue acusado por el radicalismo de que durante la hiperinflación que tiró abajo el gobierno de Alfonsín, se presentó en círculos empresarios y políticos de Estados Unidos bogando por el reemplazo del entonces presidente, perteneciente a la Unión Cívica Radical (UCR).

(4)Hubo denuncias de que el duhaldismo, fuerte en las afueras de la capital del país, movilizó sectores suburbanos para que produjeran los saqueos. Por supuesto los acusados desmintieron la versión, lo cual poco dice de si ésta es veraz o no.

(5)Tan débil era ya la figura presidencial, que para salir de la *impasse* que ella imponía en la vida política del país, hay quien planteó que debía declarárselo técnicamente “incapaz de gobernar”, como modo de apartarlo de la presidencia.

(6)El FMI es considerado por la población argentina uno de los principales responsables de la crisis económica, según reiteradas encuestas. Ha sufrido críticas desde el gobierno y la oposición argentinos, y también de algunos ex-funcionarios del propio Fondo, especialmente J.Stiglitz. En febrero de 2003 el mismo FMI creó una comisión especial para investigar el mal comportamiento del organismo ante la crisis argentina, la que se expedirá en el año 2004. También en febrero del 2003, un funcionario en actividades del FMI en Argentina fue detenido por la Policía Federal, por acusación de fraudes al Estado en Perú, aparentemente en asociación con Montesinos en tiempos del gobierno de Fujimori.

(7)Se trata de “el padre Grassi”, muy conocido por sus colectas en pro de niños pobres, a través de una Fundación que dirige. Ya había llamado la atención del país, cuando

tuvo un enfrentamiento televisivo y judicial con la famosa diva Susana Giménez por las cantidades que mutuamente debían apropiarse de colectas telefónicas hechas en un programa que ella dirigía, y donde publicitaba que lo recaudado sería para la fundación de Grassi.

(8) Los grupos que atacaban a Noble pertenecían a la derecha autoritaria que ha defendido a menudo los crímenes cometidos por la dictadura militar de 1976-83. Sin embargo, no tuvieron empacho en atacar a la propietaria de Clarín por supuesta apropiación de un hijo de desaparecidos, delito que ellos mismos han tratado de exculpar en muchos otros casos. Asimismo, estos sectores apelan al Pacto de San José de Costa Rica cuando se trata de defender sus propios derechos, aunque se opusieron en su momento a que fueran incorporados a la legislación nacional. En fin, no es la coherencia conceptual lo que los desvela...

(9) Clarín de ninguna manera es un diario de izquierda o siquiera ligeramente “progresista”; su clara oposición al neoliberalismo deviene de una posición industrialista, es decir, de la referencia a grupos económicos que se basan en el mercado interno, diferentes de aquellos que se benefician del libre comercio global.

(10) No queremos decir que Reutemann no aparezca en los medios (sería difícil que tuviera popularidad si no aparece en ellos), sino más bien afirmar que dice poco cuando aparece, es decir, se mantiene cauto y escueto.

(11) Scioli presenta el éxito del turismo argentino en la temporada 2002-3 como fruto de su gestión en la Secretaría respectiva, iniciada con el gobierno de Duhalde. La habitual desinformación de algunos periodistas les ha impedido subrayar lo obvio: Argentina recibió más turismo porque éste pasó a costar el 70% menos de lo que costaba antes de la devaluación. A precios internacionales, hoy resulta muy barato. A la inversa, los argentinos no pudieron salir del país porque les sale caro, y tuvieron forzosamente que vacacionar en Argentina.

(12) El procedimiento electoral en Argentina determina que si ningún candidato obtiene más del 50% (o más del 45% con 10% de ventaja sobre el siguiente) se debe ir a una segunda elección en que participan sólo los dos candidatos más votados. Si Menem va a tal segunda vuelta, es esperable que coseche un amplio espectro de adversarios.

(13) Cf. P. Virilio, “El último vehículo” en VV.AA.: **Videoculturas de fin de siglo**, Cátedra, Madrid, 1990

(14) Hadad ha sido sospechado de contactos con organismos de seguridad de los EE.UU., adonde viaja a menudo. Es de destacar el modo en que el fallecido ex-dirigente montonero Rodolfo Galimberti lo nombra como cercano, en la biografía que de él escribieron periodistas de la revista **Noticias**. Galimberti en sus últimos años estuvo notoriamente ligado a grupos represivos de la dictadura militar, y a agencias de seguridad de EE.UU.

(15) Sobre cómo las virtudes son a la vez defectos, y estos son al mismo tiempo virtudes, ver nuestro ensayo “Cruzar la línea”, dentro de R. Follari: **Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)**, Homo Sapiens, Rosario, 2002

(16)Cf. J.González Requena: **El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad**, Cátedra, Madrid, 1992

(17)B.Sarlo: “Estética y política: la escena massmediática”, en H.Schmucler et al.: **Política y comunicación**, Catálogos, Bs.Aires, 1992